

VERSION

LOS VIEJOS

No bien desayunaban, Domingo se iba a la plaza, a esperar que Amelia concluyera de hacer la limpieza. Tomaba el sol sentado en un banco, entre el ir y venir de las mujeres camino de la compra, sin mover siquiera aquellos ojos negros y huecos que nunca parecían fijarse realmente en algo. Cuando el viento era fuerte, se arrimaba a la fachada sur, junto al idiota que vendía tabaco, cerillas, piedras para mechero y unos cigarros negros y retorcidos como raíces, y a la pareja de guardias que preferían aquel rincón a la puerta de la Caja de Pensiones todavía en sombras. Luego, el paseo; cuando llegaba Amelia. Salían juntos de la plaza, al mismo tiempo, pero ella tenía los pies hinchados y no tardaba en quedarse atrás [...]

Ya de regreso, se llegaban hasta una fuente de aguas muy frías, buenas para «la glándula», según los entendidos. Quedaba en una hondonada, entre chopos tiesos y apretados. Junto al chorro, siempre había gente llenando garrafas, cántaros y botellas. Domingo y Amelia se sentaban al sol y escuchaban en silencio lo que se decía, viejas historias del pasado. Al cabo de un rato, la mujer se iba a preparar la comida. El viejo continuaba sentado bajo los chopos. A veces le vencía el sueño y echaba una cabezada con la boca abierta, redonda y negra como el agujero de una maceta. Los gatos le rodeaban y se dormían sobre sus rodillas. A la hora de comer, regresaba a casa [...]

Por la tarde, nuevamente la plaza y otro paseo. Cuando oscurecía, Domingo se llegaba al bar del Centro Parroquial, en tanto que Amelia se volvía al cuarto, a coser o remendar. Nunca invertían el orden ni cambiaban las horas. El plan era estricto y a él se atenían rigurosamente e incluso se decía que cualquier variación les fastidiaba y dolía como una falta contra el deber; la costumbre se había convertido en obligación.

En el Centro Parroquial, sin más gasto que un vasito de tinto, uno se podía pasar todas las horas que quisiese mirando a los chicos que jugaban al billar, al futbolín, al ajedrez o al dominó. A las nueve en punto, cuando el reloj del rincón daba las horas, Domingo llamaba al mozo, pagaba y se volvía a su casa, a cenar; cenaban las sobras del almuerzo, que Amelia no había calentado por no importunar. Se acostaban inmediatamente y sin hablar, como si lo hicieran a solas, cada uno por su lado. La patrona no quería que tuvieran encendida la luz más tiempo del imprescindible.

Juan Goytisolo-Gay, *Las Afueras*, 1959